

PREDICACIÓN MARIANA

María formó su humanidad en la gracia

*Fr. Samuel Forero Buitrago, op.
Martes 5 de septiembre de 2017
Catedral Metropolitana de Bogotá*

Hechos de los Apóstoles 1, 12-14

12 Entonces los discípulos se volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista poco de Jerusalén, el espacio de un camino sabático.

13 Y cuando llegaron subieron a la estancia superior, donde vivían, Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas de Santiago.

14 Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos.

Palabra del Señor.

¡Apreciados hermanos!

Encontrarnos hoy como comunidad de creyentes en esta Catedral de Bogotá, lugar de encuentro y de oración, y tener la presencia del lienzo milagroso de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, es de alguna manera sentirnos también en oración como cuando los discípulos, después de la resurrección del Señor, estaban en la compañía de la Santísima Virgen.

La presencia de la **Virgen** marca una pauta importante para los fieles en el sentido de encontrar en ella una enseñanza de lo que la obra Dios puede hacer en nosotros. Su compañía y oración evidencia su mirada puesta en el rostro de los discípulos. Es la afirmación de su ser, es también la mirada pedagógica y de pensamiento ético para reconocer la dignidad trascendente del hombre, pues sabemos que la “*ética es la inquietud del otro sembrada en mi propia existencia*”, herencia que recibimos de Levinas, lo que nos hace pensar que esta relación es una nueva manera de *encontrarnos* con María, una nueva manera de entender la relación de ella con los discípulos. Es la inquietud de los discípulos sembrada en la existencia de María, lo que expresa el reconocimiento de ella hacia los discípulos, para entablar una relación existencial a la luz de la Resurrección. Una afirmación de mi dignidad y la de los demás desde el *encuentro*.

Acceder al valor auténtico de la experiencia de fe y de vida de la Virgen, de la aceptación marcada por las situaciones de los suyos, de su historicidad, de su contexto, de su familia, en su rol de mujer, de madre, de compañera, etc., vislumbra la aceptación de sus propios límites, pues María con su pobreza halló gracia delante de Dios. Visibilizar el rostro del otro, es discernimiento a la obra de Dios, es decir, del otro que me da mi existencia y me transforma. La Virgen al tornarse sobre su propia humanidad otorga una especie de afirmación de vaciamiento interior, de pobreza, de disponibilidad total, capaz de reconocer la grandeza y el poder de Dios. Ella se muestra disponible a una obra que solamente la fe puede dar. Ella se muestra la esclava del Señor en una dimensión de fe que posibilita entonces el punto de partida del nacimiento de lo divino, de la encarnación, de hacer la voluntad de Dios.

María, Madre del Redentor, es la mujer de su tiempo en la historia de la salvación que no requiere de un cúmulo de títulos para exaltar y honrar su nombre. Su *riqueza* se halla en el reconocimiento de la mirada de Dios, del Otro que tuvo a bien la encarnación de Jesús que a la vez la redimió. Así, el Otro que es Dios con su mirada de misericordia hace entender lo noble que hay en la naturaleza humana y que se hace común y universal, no solamente a los discípulos, sino a toda la humanidad. En suma, se trata de reconocer la dignidad de seres creados a imagen de Dios y estar dispuestos a ser redimidos por su gracia, pues bien sabemos que *la gracia no destruye la naturaleza sino que la transforma*. María es la primera redimida por el Señor pues llevó en su seno santísimo al mismo autor de la redención.

A partir de esta experiencia ética del encuentro de la relación de María con los discípulos, desarrollo tres ideas:

1. María, posibilitadora del encuentro;
2. María, una manera de estar ahí;
3. María, un cántico de exaltación.

1. María, posibilitadora del encuentro.

La pobreza contenida en el ser de María, en el reconocimiento de su propia vaciedad frente al Dios Altísimo, no es la pobreza alienante que daña y frustra el futuro inmediato de una persona. Se traduce más bien en una manera de presentarnos tal como somos, de estar dispuestos al *encuentro* con el otro o con los otros quienes posibilitan mi existir. En María descubrimos la existencia de una obra de barro moldeada y hecha por Dios que se traduce en la conciencia del límite de la creatura frente al Creador y de la frontera que existe entre las creaturas lo que permite una toma de conciencia de la dignidad de toda persona y la responsabilidad humana.

El despojo personal frente a la presencia de Dios es un acto antropológico de aceptación total de la Virgen al hacer siempre la voluntad de Dios y de no poner obstáculos a esta iniciativa divina. La relación de María con los discípulos es una experiencia pascual, una

permanente disposición para el *encuentro*: los discípulos reconocen en María no sólo los valores cristianos de la vivencia que tuvo con su Hijo al hacer la voluntad de Dios, sino la transformación del hombre nuevo del que habla San Pablo, redimidos por la gracia de Jesucristo.

En este aspecto es necesario afirmar la realidad objetiva del crecimiento de las personas para hacer fructificar en cada uno lo que se reconoce como digno y trascendente en los demás, hasta tal punto que las acciones y conductas humanas no solamente reconozcan la dignidad trascendente del hombre, sino que se pueda llevar a la acción la regla de oro que Cristo mismo nos enseñó: “traten ustedes a los demás tal y como quieren que ellos los traten a ustedes” (Mt. 7, 12). Esta *experiencia del encuentro pascual* de María con los discípulos es base para la reflexión sobre los derechos del hombre y de la dignidad de la persona, que aquí solo enunciamos.

El encuentro de María con los discípulos, nos permite hacer algunos interrogantes:

¿Cómo facilitar en los encuentros cristianos lineamientos pastorales para reconocer la riqueza del otro que está en la certeza de mi propia existencia?

¿Cómo legitimar una autoridad que no sale de mi propio ser, sino que es en el encuentro con el otro que legitima los derechos humanos y demanda la solicitud de su debido respeto?

En nuestra vida cotidiana ¿cómo podemos vivir esta coherencia de vida cristiana la cual exige en todo momento el respeto por el otro y de su dignidad?

2. María, una manera de estar ahí.

La vivencia de María con los discípulos y la manera de ponerse en actitud de *encuentro* pascual nos permite ver en ella una actitud de estar ahí, de mostrarse en una autenticidad de vida humana que la lleva a ser recocida por los creyentes como Virgen y Madre.

Una de las diferencias determinantes con respecto a las demás mujeres del tiempo de María es que ella vivió como mujer la experiencia de virgen y madre; como virgen esto es de alguna manera la evocación para calificar y personificar al pueblo de Israel, “La virgen hija de Sión” (2 R, 19, 21). Al mismo tiempo, María como la mujer que podía disponerse en matrimonio para transmitir la vida. La virginidad no era para los judíos un objetivo en si mismo, sino una disposición total de la persona para la fecundidad como bendición y el deseo a la vez de esperanza para dar la vida al Mesías.

La experiencia del encuentro, este modo de estar ahí, conduce a preguntarnos sobre la condición humana. El hecho de *estar ahí* se traduce en reconocernos uno frente al otro en total vulnerabilidad. Sabemos que la Santísima Virgen no ocultó su naturaleza humana y expresó sus riquezas, al igual que sus fragilidades. En los pasajes bíblicos, también

percibimos en los apóstoles una autenticidad de vida, de expresiones, de sentimientos, es lo que los antropólogos reconocen en la vida humana la existencia de una tensión interna que se llama *agresividad*, la cual está a punto de reventar en el ser humano. Hoy se reconoce que esta agresividad es algo connatural al ser humano y le permite afirmar su carácter ético en cuanto que su agresividad es posibilitadora de sentido y realización.

Esta manera de *estar ahí*, de ser reconocidos por los demás para ser presentes, el encuentro de María con los discípulos nos proporciona un dato más para nuestra realización humana, y es que nuestra manera particular de vivir la experiencia pascual y la creencia en Jesús nos permite re-direccionar nuestra agresividad. Viene a bien recordar lo expresado por René Girard: “*toda religión que se considere como verdadera debe apaciguar la agresividad que hay en el hombre*”. Ello se desprende que nuestra manera de ser y de agresividad no debe desencadenar nunca en violencia, sino en encuentro y reconocimiento con los demás. La religión debe apaciguar al ser humano.

3. María, un cántico de alabanza.

El encuentro de María y los discípulos trasciende la mera convivencia. La experiencia del *encuentro* define así la interrelación de la búsqueda, de la inquietud y del sentido que puede ser vivido en la liturgia; espacio que produce la alabanza para no ser solamente un reconocimiento del Otro como tal, sino que ese Otro me trasciende en mi propia existencia.

El *Magnificat* se inscribe en la liturgia cristiana como un cántico de alabanza de María que recoge la esperanza, la luz y los dones mesiánicos prescritos en el Antiguo Testamento. Este cántico es el anticipo de las bienaventuranzas en donde María descubre la exaltación, la alabanza a Dios. En este sentido, la Iglesia en su liturgia se une a ese primer momento fecundo de María con los discípulos, quien por su boca canta a Dios la acción de gracias del pueblo de Israel y convierte la alabanza en lugar para el discernimiento de la Palabra de Dios.

Discernir es un camino de autenticidad para el hombre que le permite que toda su conducta sea conforme al bien, es la pregunta ética, maestro ¿Qué debo hacer? Discernir es también una apuesta profética para descubrir todo aquello que daña nuestra propia naturaleza, reconocer el odio, los asesinatos, los brotes de feminicidios, la corrupción de los gobernantes, la drogadicción, los abortos, etc. El rostro de María nos permite entonces reconocer la diferencia que hay en nosotros y de convencernos de las grandes prohibiciones de la humanidad: el incesto, el homicidio y la mentira, que desdice de nuestra vocación humana.

En síntesis, la novedad de la relación de María con los discípulos es la *experiencia genuina de encuentro* pascual, posibilitador del reconocimiento de la dignidad de quienes son partícipes de esa relación, pues en María, en su rostro ella hace existir a la humanidad, a cada discípulo, a cada creyente pues ella es fuente de reconocimiento del valor sagrado de nuestras vidas, y al mirar su rostro siempre se descubre lo excelso de su acción y misión al haber sido redimida por Cristo.

El rostro de la Virgen del lienzo milagroso de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, al acercarnos al centenario como patrona y reina de Colombia, nos produce un gran encuentro y un choque ético para nuestra vida de discernimiento y crecimiento personal. El encuentro es lugar de la alabanza, espacio privilegiado para descubrir lo bueno, lo que agrada a Dios.

Para finalizar, hago mía la oración de Herder Cámara a la Virgen de la Liberación:

¿Qué hay en ti, en tus palabras, en tu voz, en tu mirada
cuando anuncias en el Magnificat
la humillación de los poderosos
y la elevación de los humildes,
la saciedad de los que tienen hambre
y el desmayo de los ricos?
¡Préstanos tu voz y canta con nosotros!

Un poco más podemos añadir: ¡míranos y permítenos existir!

¡Amén!